

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 6 DE JULIO DE 1924

NÚM. 20.416

A OCHO DIAS VISTA

La libertad de novelar



En todo país aquejado de dispepsia intelectual la circulación de los periódicos depende, en cierto modo, de la fuerza trágica del suceso del día. Yo trabajé hace años a las órdenes de un

director que solía exclamar a menudo:

—¡No pasa nada! ¡Ni un mal crimen!

En aquella casa el redactor del suceso estaba, por las consideraciones que se le dispensaban, muy sobre todos los que escribíamos de política y de literatura. El tiempo y el espacio estaban tácitamente subordinados a los fueros del reportero, que eran libérrimos, y en la administración nadie ponía reparos a sus pretensiones. Un redactor de sucesos que no estuviese alcanzado en la caja se exponía a perder autoridad. Su crédito no tenía límites. Era el período inolvidable de nuestra profesión, en el que tener una idea original o citar un autor extranjero nos atraía la ojeriza de los compañeros. Yo, que por entonces leía a Shopenhauer, me puse tan en ridículo un día que cité un pensamiento del filósofo, que mi audacia provocó el estupor general, y ya no pude librarme de la reputación de pedante.

El preferido en la casa, el favorito, el adulado por el director, el que mimaban en la administración, era el reportero que más crímenes refería y comentaba, en una prosa desordenada y sin aliño literario, que todos amablemente llamábamos estilo popular. En las épocas tranquilas, no turbadas por la delincuencia trágica, el reportero holgaba, y si venía a la redacción, era, como espectador, a divertirse con nuestros esfuerzos intelectuales, que él, naturalmente, despreciaba. En la redacción nadie le reconvenía por su ociosidad. El, poseído de la importancia de su categoría, se tomaba todas las licencias, sin que el director le fuese a la mano con la menor llamada al orden. Había que tenerle contento. Pero, de improviso, aquel hombre nos hacía sentir el peso de su prestigio. Había surgido el suceso. Unas veces era una falsificación de billetes del Banco de España; otras, un crimen pasional o un secuestro. A partir de aquel momento, en el periódico no se reconocía más autoridad que la suya. Política, artes, ciencias, información nacional y extranjera; todo quedaba pospuesto a las pedregosas cuartillas de aquel hombre; que pasaban de la mesa de la redacción a la

imprenta, sin que nadie las fiscalizase. El suceso, hinchado sin discreción, venía a ser como la novela del momento, destinada a calmar el ansia de lo dramático que padece en España casi todo el mundo, pues en punto a exigencias intelectuales, el señor y el menestral, la dama y la portera, se contentan con poco. El suceso podía titularse así: «El crimen de un miserable. ¿Loco o parricida?» Luego venían los subtítulos: «Lo que dice el cuñado del muerto.» «El asesino era un buen cerrajero.» «Un guardia que se reserva.» «Manchas sospechosas.» «La mujer de la plaza de la Cebada.» «¿Dónde está el arma homicida?» «Lo que arroja la autopsia.» El relato del crimen ocupaba dos planas de las cuatro del periódico.

La Prensa ha evolucionado después en

un sentido de progreso, porque los diarios son más grandes, y en sus planas alternan la literatura, la política, la delincuencia, la meteorología y el movimiento bursátil; pero el reportero de sucesos no ha perdido sino una parte mínima de sus fueros. ¿No acabamos de verlo a raíz del asalto al coche-correo, que costó la vida a dos infelices ambulantes? Por aquellos días los noticieros se despacharon a su gusto, sin mirar a quién lastimaban o comprometían. El caso del pobre Adolfo Delius, que no ha sido nunca más que un transeunte inofensivo, chorrea sangre. Algunos diarios le atribuyeron complicidad en el crimen, y su retrato y su nombre, con el historial de su existencia, rodaron por las planas de los periódicos, como una nota pintoresca intercalada en el drama

del día. ¿Que se le deshonraba? ¡Qué importa! ¿Que se le dificultaba esa circulación social entre gentes de cierta clase que hacía posible su subsistencia? ¡Peor para él! Las Empresas de los periódicos comprobaron aquel día, al hacer el arqueo de caja, que los ingresos habían superado a las entradas de los días normales, y los reporteros se acostaron con la conciencia del deber cumplido. Había que agotar el suceso y se agotó. Todo lo demás carecía de importancia.

Y nosotros nos preguntamos: Si la Prensa se toma todas esas libertades, encartando a personas inocentes en historias o sucesos infamantes, sin cuidarse de desagraviarlas después, cuando su inocencia ha quedado plenamente demostrada, ¿con qué derecho se indigna el lector

que no protestó contra aquella injusticia porque un literato recoja aquel mismo suceso público y extraiga de él los elementos dramáticos de una novela? La indiferencia del lector en el primer caso se compadece mal con sus escrúpulos posteriores. Si somos indulgentes con el reportero que nos relata un hecho con todos sus pelos y señales, violando a menudo la verdad con los desenfrenos de su fantasía, ¿por qué nos ponemos severos con el novelista que, partiendo de la misma realidad trágica que ha visto y referido el reportero, compone una novela, disimulando los nombres y las características psicológicas de las personas que intervinieron en el drama? Esa dualidad de criterio es inadmisiblemente. O se escandaliza uno de todo o no se alarma por nada. Es excusable el que las personas que con más o menos fundamento se consideran aludidas o vejadas por el escritor, exijan de éste los adecuados desagravios, pretensión que, por lo legítima, no puede ser desoída o menospreciada; pero lo que no se puede tolerar es que la sociedad, que asiste impasible a un sinnúmero de infamias y de horrores, adopte de pronto temperamentos de rigor con un literato que, si ha podido ser indiscreto, no ha pretendido deliberadamente difamar a nadie. En esto de la moral no puede haber dos pesos y dos medidas. O nos regimos por un criterio de escrupulosa severidad en todas las circunstancias, o renunciamos a la ambiciosa categoría de jueces de nuestros contemporáneos. No hay término medio. Todo lo demás es de un fariseísmo tan endeble, que no resiste al examen más somero. Eso, en el terreno de los hechos; esto es: sin salirnos de los dominios de la experiencia social. En la jurisdicción de los principios estéticos, todo lo que sea elemento cómico o dramático



UNA ERMITA EN EL TIROL.—CUADRO DEL GRAN PINTOR NORUEGO BERNT GROENVOLD

está a la disposición del escritor y del artista, sin otras restricciones que aquellas que él mismo se imponga oyendo a su conciencia. La mitología, la historia, el pasado y el presente de la sociedad, están igualmente abiertos a sus curiosidades de moralista y de psicólogo. Antes que el doctor Cabanés se especializase en sus exploraciones a la patología de la historia, Shakespeare nos había revelado las miserias íntimas de ciertas dinastías de su patria. Eso, en el teatro. En la ciencia, Teodulindo Bibot ha expuesto las causas de la imbecilidad de muchos monarcas que se yerguen estatuidos en las plazas de sus países, sin que lo uno ni lo otro levantara la menor protesta. Stendhal y Balzac, precursores del naturalismo en la novela, no tenían a menos el aprovechar el hecho y la anécdota de su tiempo para construir las páginas admirables que son trasunto fiel de las costumbres de una sociedad. Aquí el padre Coloma y Galdós han preferido la visión directa de la realidad psicológica, o el atenerse a sus recuerdos personales, a confiar exclusivamente en su inventiva, que por fértil que fuese no podía suministrarles los ejemplares y los casos interesantes que ofrece la realidad viva de todos los días. En las novelas del uno y del otro hay más retratos que ficciones humanas. No quiero defender con esto la novela de clase, que si llegara a generalizarse nos haría a todos imposible la vida, porque entonces cada uno de nosotros se daría el gusto de liquidar sus rencores personales con la complicidad de la imprenta. Descender a eso sería rebajar la dignidad de la literatura. El escritor que se toma ciertas licencias con daño del prójimo a sabiendas de que causa un daño en el honor de los demás, evilece su talento y no merece más que el desprecio social.

La defensa del dinero

No sé si el coronel Tafur, dignísimo director de Comunicaciones, se habrá enterado del sistema que acaban de implantar en Chicago para la defensa de los coches-correos. Según dice un telegrama que nos transmiten de allá, el colega del Sr. Tafur en la gran urbe norteamericana ha dispuesto que los empleados que hagan aquel servicio de postas ferroviarias vayan provistos de caretas que les preserven de los gases asfixiantes, y de ametralladoras contra los salteadores. No sé por qué presiento que el coronel Tafur, aunque hombre de guerra, no se va a contagiar con el ejemplo que acaba de darle el director de Comunicaciones de Chicago, porque si, contra toda suposición, el ilustrado militar diese en seguir sus huellas, habría que enriquecer el programa de estudios de nuestros funcionarios de Correos con unos cursos de química y algunas pruebas en las Academias de Toledo y de Segovia. Los empleados, a más de saber Geografía política y postal, tendrían que adiestrarse en los laboratorios y en los campos de tiro. Eso, por ahora. Más adelante, cuando la astucia de los malhechores se pusiese al nivel de las precauciones de los que defienden el dinero, quizá hubiese que instalar una batería en cada uno de los coches-correos, en vista de la inutilidad de las ametralladoras. A eso se llegará pronto en Chicago si no se adopta, como preferible, la aplicación del rayo mortífero que se está ensayando ahora en Lyon. En España tal vez bastase con que los ambulantes de Correos estuvieran asistidos de la ayuda de la Guardia civil, porque como en nuestros coches-correos no van grandes caudales, no vale la pena de emplear la artillería para defenderlos.

Manuel Bueno

ESTAMPAS DEL SIGLO DE ORO

ZOCODOVER

Zocodover toledano,
sacamolero y tramposo,
lugar el más cortesano
y el menos ceremonioso.

Asiento de todo pillo
y de todo cambalache,
credencial de Cortadillo
y de Guzmán de Alfarache.

Banco de pego y farfulla,
guarda y encrucijada,
hecho, de día, a la bulla,
y de noche, a la emboscada.

Nido, figón y bodega
de cuatreríos y matones,
plaza de mucha talega
y poquitos doblones.

Alacena y gabinete,
agujero y alforjilla
donde guarda Rinconete
el caudal de su cuadrilla.

Escondrijo malhadado,
sin más luz ni otro horizonte
que las vigas del tablado
de Ginés de Pasamonte.

Cátedra de triquiñuelas
y ateneo de ruindades,
dechado de contraescuelas
y contrauniversidades.

Solar, foro y mentidero,
mercado, bolsa y palacio
que cruza el noble, ligero,
y anda el pícaro despacio.

Desorden de hospederías
y orden de chiribitiles,

con todas las fiscalías
de jueces y de alguaciles.

Inclusa, fonda y convento,
oratorio y ventorrillo,
que acredita más talento
al que prueba ser más pillo.

Saco, escarcela y tesoro
para el rico y para el pobre;
orza que sueña con oro
y se alimenta de cobre.

Escudilla, jarra y plato
de sopistas y sabuesos,
que siguen con el olfato
la cédula de los huesos.

Guardajoyas exclusivo
de la ibérica polilla,
pinacoteca y archivo
del donaire de Castilla.

Aula, ateneo y parnaso,
tribunal, curia y bufete,
estudio de Garcilaso
y taller de Berruguete.

Sala donde los funantes
y malsines de Toledo
recibieron a Cervantes
y obsequiaron a Quevedo.

Barrio de gente andariega,
dulceros y bathojas,
noble casa solariega
de D. Francisco de Rojas...

Yo te admiro y te venero,
Zocodover toledano,
orza, pendón y caldero
del escudo castellano.

Marciano ZURITA

cuando yo era niño nos dijo una vez que la palabra más fea que hay en castellano es *pluscuamperfecto*. ¡Como que no es castellana! ¡Como que carece de estilo! «Mas de Flandes no volvía...» «No volvía», y no, «no volvió». Pero... ¿para qué este análisis? Después de él queda la cosa peor, mucho peor. Recitad los versos a uno que no sepa español y los entenderá en sustancia.

¿Por qué se me agarraron a la memoria? Y no se me agarraron a los versos propios, versos que he escrito yo mismo. ¿Será acaso porque no son de mi estilo?

Un día del verano pasado, el de 1923, estando en Zudanca, orillas del Nansa, y en la casona misma que describe Pereda en su *Peñas arriba*, le oí a Pepe Vela recitar estos versos:

«Mira que es largo el camino,
y corto, muy corto, el tiempo;
parar en cada posada
no podemos.»

«¿De quién son esos versos?», le pregunté. Y él, sorprendido: «¡Pero si son de usted, maestro! Los había olvidado, y me sonaban como de fuera. Y no por el concepto, no, sino por la música.

Y hoy mismo mi mejor amigo de aquí, de Fuerteventura, le ha hecho que le lea, mostrándomelos en una copia manuscrita, aquellos versos de mis *Poesías* que se rotulan: «Muere en el mar el ave que voló del bosque», y de los que dice Salvador de Madariaga que son «hermoso poema en el que la emoción y el pensamiento aparecen fundidos en una forma exquisita». ¿Exquisita?

Exquisito, de *exquiere*, quiere decir escogido, y acaso más bien rebuscado. ¿Dónde está la exquisitez de esos misversos? Yo no lo sé. Y hasta ni me parecen míos; ni me parece que son de mi estilo.

Pero, ¿conoce uno su propio estilo? O sea: ¿se conoce uno a sí mismo? He aquí un problema. Y tanto más difícil de solución cuanto uno es más pueblo, cuantas más antagonías y contradicciones encierra en sí, cuantas más discordancias concordantes. Porque esto es el ritmo, o sea el estilo, la concordancia de las discordancias.

Y en tanto, dejemos que los mentecatos confundan el ritmo con el compás y no reconozcan otra música que la bailable. Llevan el compás con los pies. Cuando no, con una cana de medir tela de sacos.

Miguel de UNAMUNO

CRÍTICA LITERARIA

El manicomio del Doctor F.
(novela), por Alfonso Vidal
y Planas (Madrid 1924) : : :

En otras ocasiones estudié ya la obra de este escritor, señalando sus relaciones con el actual momento literario y las calidades de exaltación, de exasperado y a veces desesperado vigor humano y fuerza patética que la distinguen. Vidal y Planas es un escritor sincero, personal, subjetivo, que cifra su aspiración suprema en mostrar su corazón al público: yo lo he llamado el pelícano de la literatura. Tiene también algo de un Greco literario, que recalca y estira las palabras, como en un afán de darles la largura y la fiebre ígnea de las llamas de Pentecostés.

Desigual, sin ser diverso, obsesionado por un limitado número de ideas y de visiones fundamentales, si pudiera parecer monótono, pocos le aventajarán en fuerza emotiva, en grafismo expresivo y en

tornera! Pero luego di, no sé bien por qué—aunque sí lo sé, y trataré de explicarlo más adelante—, en execrar de Zorrilla, del ruiseñor gentil y decir y repetir que sus gorjeos no creaban nada, no eran poesía. Y no más que música de tamboril. Y para ejemplificarlo aducía unos versos suyos, de «A buen juez, mejor testigo», me parece, que aprendí en el membrillo. Los que dicen:

«Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego que a Flandes partió.»

«¿Qué hay aquí de poético?—decía—. ¿Qué metáfora? ¿Qué emoción? ¿Qué sentimiento? Hasta que un día, diciéndoselo a mi buen amigo Paco de Cossío—fué en Valladolid, la patria del ruiseñor gentil—, me dijo: «Y por qué se le han agarrado a usted esos versos a la memoria? ¿Por qué los repite? ¿Por qué los recita así? Y tenía razón. Esos versos echaron raíces en mi memoria—y no sólo en ella—y agarraron allí, porque tienen estilo, porque son ellos, porque son música creadora.

«Pasó un día y otro día...» No es que pasaran varios días, no, sino uno y otro... «Y un mes y otro mes pasó...» Así pasan. «Y un año pasado había...» Este ya no pasó; había pasado. ¿Por qué el *pluscuamperfecto* en vez del pretérito perfecto? Pero dejemos cosas feas. Pues un sastre Génova que había en Bilbao

Al rededor del estilo

XII

DURANTE años le he guardado cierta aversión a D. José Zorrilla, el poeta; casi tan grande como la que él se la guardaba a Bécquer. Y eso que Zorrilla encantó los años primaverales de mi mocedad y meció no pocos de mis ensueños juveniles. Y aunque ya lo he contado en mis *Recuerdos de niñez y de mocedad*—¡infelizmente librito!—, quiero repetir cómo, cuando estudiaba yo Rhetórica y Poética, en el curso de 1876 a 1877, al empezar la mal llamada Restauración, solía encaramarme a un membrillo de la huerta de la ribera de Deusto, en que pasaba, con mi abuela, mi madre y mis hermanos, el verano y el otoño, hasta cerca de Navidad, y encaramado en aquel membrillo declamaba los ejemplos que de Zorrilla traía el librito. Y declamando así aquello de:

«¿Qué quieren esas nubes que allí arriban
[ba se agrupan
del aire transparente por la región
[azul?...]

—y ya está aquí el hipérbaton de que huía Rubén—y lo de:

«el ruido con que rueda la ronca tempestad»

espantaba a los pajarillos y no les dejaba ni gorjear ni picar los membrillos. Verdad es que no eran «gorjeos del ruiseñor gentil».

¡Lo que me encantó «Margarita la

la frecuencia de lo genial. Es, además, uno de los pocos escritores cuya obra constituye un todo coherente, un sistema completo de ideas y sentimientos, que entrañan una visión personal de la vida. Y esta visión es trágica, y se forma en un mundo de horrores reales y de obsesiones místicas. Vidal y Planas es un romántico, de la buena época, que no ignora el neorromanticismo tolstoiano. Profesa la creencia en el dualismo maniqueo; ve el mundo como una lucha entre ángeles y demonios, y le domina la idea de la redención de los seres caídos. Está, pues, en pleno arte cristiano, junto al venero de la caridad. Y si sus primeras obras estaban llenas de gritos sensuales, ahora ya parece haber logrado la fórmula de la pureza, aunque a fuer de artista no pueda prescindir en absoluto del elemento pasional y mórbido. La presa que ángeles y demonios se disputan en la vida de este mundo es el cuerpo y el alma de una mujer: la eterna Elena de los mitos, a la que el Cristo artista ha de redimir con su amor.

En toda una serie de libros—*Tristes de la cárcel* (1917), *Memorias de un hampón* (con prólogo del que esto escribe, 1918, reeditada en 1923 con el título de *El pobre Abel de la Cruz*), *Santa Isabel de Ceres* (1919), *Bombas de odio* (1923) y *La Papelón* (1923)—desarrolla Vidal y Planas esa tragedia sacroprofana, mediante la actuación de dos personajes representativos, que, si no del todo nuevos en la genealogía de esa literatura romántica que se remonta al Evangelio, lo son en la relatividad del momento presente y en los caracteres que ahora asumen en la realidad; *Abel de la Cruz* y la que él llama *Santa Isabel de Ceres*, desdoblamientos literarios del rabí de Nazaret y de la pecadora y santa Magdalena. *Abel de la Cruz*, el poeta bohemio, que anda entre toda clase de malas gentes *deshojando pétalo a pétalo la rosa roja de su corazón*, es un trasunto literario del redentor evangélico, que aspira a redimir a las criaturas por las virtudes aunadas del amor y la poesía; *Isabel* es la Magdalena, caída en los abismos de la degradación, pero pronta a salir de ellos, en cuanto oiga la dulce palabra de amor del Nazareno, que ha de conmover todo su ser amoroso. *Abel de la Cruz* encuentra a *Isabel* y obra el milagro de su conversión y arrepentimiento; pero al instante surge un obstáculo que tira a separarlos, y que unas veces es de índole moral y otras encarna en una voluntad corpórea, aunque siempre es de naturaleza demoníaca, y con el cual lucha *Abel* con diversa fortuna. En la forma más sencilla del mito—en *Santa Isabel de Ceres*—la Magdalena regenerada considérase indigna, por la manilla del pasado, del amor de su redentor, y se suicida para que éste—el pintor León—pueda unirse a otra mujer más pura, escribiéndole antes una carta engañosa, que recuerda la de Margarita Gautier a Armando en *La Dame aux Camélias*, de Dumas: como Margarita, sublimase *Isabel* a las celestes alturas, mediante el sacrificio, y merece el dictado de santa. Pero en otra forma más avanzada del mito—*El manicomio del doctor F.*—*Abel de la Cruz*, que ahora se llama Adolfo, lucha cuerpo a cuerpo con el enemigo, con la naturaleza demoníaca, encarnada en un amigo desleal, y lo vence y mata, para completar la redención de *Isabel*, que ahora asume, en justo castigo a las locuras de su pasado, el nombre, entre humillante y cariñoso, de *Monigote*. Adolfo ha matado, y la ley de los hombres, que no entiende de misterios, le condena a reclusión en el manicomio de ese famoso doctor, que no es otro que la Fatalidad. Allí le acometen

los terrores y congojas propios de esos parajes; pero el dolor más grande de Adolfo es saber que su amada le fué infiel, según ella misma le confiesa con patéticos extremos de contrición. Adolfo, tras largo batallar consigo mismo, la perdona, aconsejado por el Cristo que le acompaña en su celda, y decide hacerla su esposa; pero antes será preciso que *Monigote* se forme un alma nueva en el dolor; que muera y renazca con otro cuerpo, imaculado y puro, formado de su misma alma regenerada en el sufrimiento y en la castidad.

Es curioso comparar ahora esta versión optimista del misterio con la otra visión pesimista que nos da su creador

en *Santa Isabel de Ceres*, y seguir la evolución que ha sufrido la idea dominante, enriqueciéndose con nuevos elementos que no existían en su primera forma. Para ello hay que leer una novelita corta que va al final de *El manicomio del doctor F.*, y con la cual ingresó Vidal y Planas en el cuadro de colaboradores de la popular publicación del Sr. Urquía. Titúlase *El Incendiario* (1922), y en ella vemos cómo el redentor que aquí se llama León Gallardo, al intentar en vano salvar a *Monigote* (aquí Mercedes) de las garras del diablo, tiene la visión material de su infernal enemigo, en la forma en que lo describen los libros piadosos. El demonio incendia el Gran Hotel Vie-

na, en que ambos amantes se alojan en América, y huye con su víctima, dejando allí a León Gallardo, que, procesado como culpable del siniestro, es declarado después loco, visto la forma en que describe la catástrofe, atribuyéndola a la intervención diabólica. Empieza aquí ya el manicomio del doctor F. y la teoría de ese antagonismo entre el redentor y el demonio que el poeta Adolfo explana con tan personal teología en el último libro. (Adolfo explica su lucha con el mal amigo como un episodio más de la eterna batalla entre ángeles y demonios, y en la que éstos sucumben fulminados por el rayo celeste. El fué un instrumento del Destino, peleando con el demonio por la salvación de un alma, el alma de *Monigote*; por eso ahora se halla en la morada de la Fatalidad. Su drama no es un drama humano, sino teológico. El poder maligno que se sirve de la mujer bella y loca para seducir a los hombres le tiene declarada guerra a muerte, porque, mediante la palabra de amor, le arrebató a sus mejores cimbeles. De ahí que le haya envuelto ahora en los horrores de un proceso, valiéndose de la ley humana para arrastrarle a la ruina y el oprobio. Pero de todo ello le salvará el amor de Cristo y su ideal amor a Magdalena. Todo esto se halla expuesto ya en *El Incendiario* y también fragmentariamente en *La Papelón* (historia de *Monigote*; aquí todavía Soledad). *El manicomio del doctor F.* señala, además, el postrer término en la evolución del mito con una teoría de extraña sagacidad y de sentido moral profundo. La causa de los anteriores fracasos del moderno Cristo en su empeño de redimir a la moderna Magdalena, no fué otra que la errónea creencia de ambos en la posibilidad de ser felices en el mundo y su pecado de concupiscencia al desearlo. *Abel de la Cruz* ambicionó gloria, honores y metales; *Monigote* aspiró a ver satisfechas sus vanidades femeniles, con el triunfo sobre la sensualidad de los hombres, por lo cual traicionó a Adolfo con el mal amigo.

Pero ahora el horror de la tragedia los ha sacado a ambos de su yerro; desencantados de la dicha del mundo, buscarán su ventura en el dolor y en la castidad.

Así termina este poema de enjundia verdaderamente cristiana, que su autor ha ido elaborando poco a poco, según las revelaciones de la vida y la progresiva depuración de su alma, en el crisol de las pasiones, hasta plasmarlo en esa forma definitiva. Todos esos libros anteriores, de fondo idéntico, y cuyos protagonistas, llámense como se llamen, son siempre los mismos, el artista redentor—León, Abel de la Cruz, Adolfo—y la mujer loca—Isabel, Mercedes, Soledad, *Monigote*—representan pasos sucesivos de una sola tragedia: la tragedia de dos criaturas de condición angelica, pero degradadas por la vida social, obra de los demonios—el poeta bohemio y la cortesana—, que aspiran a regenerarse por el amor y a gozar de la felicidad, no consiguiéndolo sino cuando han renunciado a ambas cosas en la forma en que las ofrece el mundo. Entonces es cuando el falso Cristo y la falsa Magdalena empiezan a serlo verdaderamente, triunfando con toda realidad del poder diabólico. Esta conclusión da un saludable carácter ascético a la obra entera de Vidal y Planas, santificando todas sus licencias y crueldades. *Abel de la Cruz*, que un día, embriagado por el triunfo, estuvo a punto de rendirse al maligno, comprende, al fin, advertido por la tragedia, que no existe la terrena ventura; ni es posible redimir con el amor a Magdalena, como no se le sublima en casta caridad.

PENSAR BIEN

He aquí que este hombre es... «quidam dives»; como al cierto rico llamaban los viejos hijos de aquel pueblo que, apisionado entre Etruria y Campania, se alargaba por las costas del Tirreno.

Y «quidam dives», al estrechar nuestra mano en señal de despedida, ha vertido estas palabras: «Adiós, y a pensar bien...»

Tienen las palabras la fecunda virtud de arrojar una luz que muchas veces no llevan en sí. Afloran limpias a los labios, y al chocar con la mente que las percibe se enrarecen, tal que esos claros regatos que mueren en el pantano cenagoso. Y por haber en nuestra mente y en nuestra alma un poco del cieno primigenio, estas palabras se han enrarecido, y en vez de lección de ética nos han parecido grito de salvaje inconsciencia. Porque no es un consejo para que prosigamos una línea de conducta ya iniciada; es un aviso para que rectifiquemos una moral y un criterio.

¿Qué será para este hombre pensar bien? Es tan corta nuestra vida, que bien podemos—sin esfuerzo alguno—extraer del área de nuestra acción el afán de nuestros impulsos y la razón de nuestros hechos. Hemos combatido, como combate toda juventud; hemos puesto nuestras voliciones y nuestros sueños en el logro de los bienes que con más fervor anhela la Humanidad; henchidos de apetencias ideales, dejamos que volase sin freno nuestro espíritu—desasiándonos del ansia cotidiana—, con el afán de recoger y de llevar al alma la fuerte luminosidad que hay en los espacios libres. Hemos sacrificado lo mejor que en nuestra juventud había a esa deidad que se llama Ideal, y cuando creíamos haber merecido, al menos, el premio a que la buena intención tiene derecho, «quidam dives», en una seca admonición, nos invita a rectificar. Porque «quidam dives» lo que no se explica es que haya alguien capaz de consumir energía y esfuerzo si no es con el fin único e inmediato de percibir y atesorar dinero. Y «quidam dives», que conoce nuestra manifiesta incapacidad para agrupar áureos tesoros, siente por nosotros un profundo menosprecio.

Afirmaba Michelet que la gran miseria de nuestra época consistía en no saber ser pobre. Esta miseria se va intensificando, porque tampoco se sabe ser rico. La riqueza, que en la vida no es más que un accidente, no puede tener otras formas de expresión que no sean la comprensión y la generosidad. No es privativa de ningún hombre la facultad de nacer creador de riqueza. Es un don tan arbitrario como la belleza y como la bondad. De idéntico barro impuro fueron creados Caín y Abel, y si en el uno alientan seráficas virtudes, en el alma del otro nacen los instintos perversos;

hijas de una diosa eran las Euménides, y en sus rostros había el espanto de la fealdad, mientras que Palas, de igual origen divino, con sus ojos verdes y su rostro armónico, era deidad propicia y agradable; entre dos cerebros del mismo peso específico y entre dos energías de idéntica impetuosidad, uno puede llegar al máximo grado de miseria, mientras el otro escala las más inaccesibles cimas de la riqueza.

¿Por qué tanto orgullo de ser rico? ¿Por qué este afán de sacarnos de la libérrima y descuidada pobreza a los que las riquezas serían un embarazo y un impedimento?

En aquel banquete socrático que nos dejó Jenofonte preguntan a Carmides qué es lo que le da orgullo, y Carmides responde: «Mi pobreza.» Cran decir. Nunca el orgullo fué tan modesto y tan austero como en este instante en que nació de la pobreza, que es como nacer de la verdad desnuda.

Pero el espíritu tiene regresiones incomprensibles. Con una mayor sensibilidad, con un grado más superior de cultura, no habrá nadie que hoy se enorgullezca de lo que Carmides se enorgullece hace más de dos mil años. Y es que nunca la lucha por la riqueza adquirió los caracteres agresivos que en nuestra sociedad tiene. Se es rico o se es un vencido. Si no se es un Creso, se es un harapo. Se tiene dinero o hay que renunciar a toda jerarquía de consideraciones. De ahí nace esa envidia al rico, que hace buscar la riqueza por los caminos más sinuosos.

¿Envidiar al rico! Henry George decía: «Cuando nuestra hora llegue, ¿qué importará que hayamos vivido regaladamente o no; que hayamos usado o no suaves vestidos; que hayamos dejado una gran fortuna o nada; que hayamos cosechado honores o sido despreciados; que nos hayan considerado cultos o ignorantes, si se lo compara con la manera con que hayamos empleado aquel talento que se nos confió para el servicio del Señor? ¿Qué importará cuando nuestras pupilas se vidrien y nuestros oídos se asorden, si entre las tinieblas se extiende una mano y en silencio viene a nosotros una voz:

«Obraste bien, bueno y leal siervo; has sido leal en unas pocas cosas; yo te haré mandar sobre muchas; entra en la gloria de tu Señor.»

He aquí, «quidam dives», cómo sabiendo ser pobre se puede ser feliz o vivir tranquilo, que acaso sea eso la felicidad, sin dejar de pensar bien. Lo triste, lo irremediablemente triste, es haber consumido la vida en atesorar riquezas por todos los medios para después no saber ser... ni rico.

Emilio PALOMO

R. CANSINOS-ASSENS

HISTORIA DE UN REY QUE SE HIZO EL MUERTO

CUENTO PARA NIÑOS POR M. GARCÍA Y PANADÉS

EN la no muy lejana nación de La Papanataria había un rey muy justiciero; tanto lo era, que los súbditos, alarmados ante sus severas resoluciones, dieron en decir que estaba loco. El tal rey se llamaba Bóbilis VII, lo cual quería decir, ateniéndonos estrictamente a la genealogía de aquella real familia, que ya otros monarcas habían hecho el «bóbilis» antes que él.

No obstante su celo por la moral y la justicia, Bóbilis VII era un rey campechanote de suyo; sólo así se explica que vistiera siempre túnica y manto regio y llevase corona hecha con hojas de árbol, y en el centro de ella, sobre la frente, un pimiento verde.

A primera vista, esto se hubiera interpretado en el sentido de que la gobernación de sus Estados no le importaba un pimiento. Pero no era así; la labor política le obsesionaba constantemente, honradamente.

Bóbilis VII estaba desperezando un sueño, cuando su primer ministro, un tal Nabi, personaje más fresco que una lechuga envuelta en escarcha, le anunció que un joven llamado Cascabel solicitaba audiencia.

—¿Qué desea?—preguntó Bóbilis.

—Dice que es poeta y que le trae un asunto de grandísimo interés.

—Que penetre el doncel.

Y Cascabel entró haciendo ruido con el tintineo de su arlequinesca indumentaria.

—¿Qué deseas?—preguntóle el rey con gran familiaridad.

—Formular ante vuestra majestad unas graves denuncias.

—Formúlalas al instante. ¿Van en verso?

—No, señor. No sería justo que sujetase mis denuncias a medida, cuando todo anda tan suelto por el mundo.

—No eres tonto. Venga de ahí.

—Señor... Por demás señalado es el escarnio que hacen de nosotros ciertos abastecedores de alimentos. Pero de algún tiempo a esta parte vienen registrándose casos inauditos. Iluminado Valdepeñas, tabernero mayor del reino, se ha permitido fijar en la puerta de su establecimiento un cartelito que dice así: «Aproximándose la época de elecciones y las luchas que traen consigo, he decidido, como ciudadano de orden que soy, echar en el agua la menor cantidad de vino posible, pues no quiero contribuir a enardecer las pasiones y crear conflictos a la autoridad.» Otro comerciante, don Próspero Butifárriz, gran almacenista de embutidos, se permite establecer diferencias en el precio de los chorizos, según perteneciera o no la materia prima a cuerpo montado.

—¡Pardiez, que he de castigar severamente tamaña desvergüenza!—exclamó el rey, fuera de sí; tanto, que, según aseguran las crónicas, el pimiento se le cayó al suelo.

Sentados a la inversa en sendos borricos, desnudos de medio cuerpo para arriba, con la vergüenza y el terror pintados en el rostro, iban hombres y mujeres, entre la chusma de corchetes con zurriaga en la mano, al lugar del azotamiento.

Bóbilis VII había dispuesto que a Butifárriz se le diesen doscientos palos, y si sobrevivía, se añadiesen a la cuenta los que fueran necesarios para acabar

con él. En cuanto a Iluminado Valdepeñas, ordenó que se le atara de pies y manos y se le forzara a beber vino del más puro para que se iluminase de una vez y para siempre. Fácilmente se deduce la intención que perseguía el rey.

Así se dispuso. Pero el ejecutor mayor de justicia, que lo era entonces el excelentísimo señor de Trapisonda—y cuando no lo era él, desempeñaba el cargo

propusieron darle a Bóbilis VII un disgusto morrocotudísimo.

Así, pues, cuando mayor era la aparente calma, unos oficiales de la guardia del rey fueron a decirle, presurosos:

—Señor... Se han sublevado parte de las tropas, libertando a Nabi, a los mercaderes y a Trapisonda. Las muchedumbres van por las calles vociferando. Todos se quejan de vuestra majestad. Esos

uno! Cerrarme los ojos ciudadosamente y enharinarme el rostro; llevadme a un catafalco, colocad cirios en derredor y yo me pondré rígido. Si preguntan por la causa de mi muerte, decid que yo era un gran rey y que me han matado su incompreensión y su ingratitud. ¡A toque funeral las campanas, cánticos en los templos, torrentes de lágrimas y lluevan letanías! Yo ya no existo. Yo he muerto. *Requiescat in pace.*

Bóbilis VII se dejó caer hacia atrás en el suelo, pegándose tan fuerte coscorrón en la cabeza, que casi se muere de verdad.

Cuando las enardecidas turbas llegaron a Palacio se encontraron con el salón del trono convertido en capilla ardiente. Bóbilis VII yacía, en actitud de cadáver, sobre un soberbio túmulo.

Los buenos papanatarios, al enterarse de cuál había sido la causa de tan fatal desenlace, se apenaron muchísimo y lloraron amargamente; sobre todo, las bonachonas papanatarias pusieron sus lamentos en la propia bóveda celeste.

Toda la papanataria, sin excepción alguna, pensó en rendir a Bóbilis VII un homenaje póstumo, sencillamente apoteótico. Era preciso que Bóbilis pasara a la posteridad con toda pompa.

Llegó ese día. Contristados y cabizbajos los papanatarios en masa acudieron a enterrar a su glorioso rey.

Ya iban los grandes palatinos a cerrar la caja mortuoria, cuando se notó en el cuerpo yacente del monarca un ligero estremecimiento. Y cuál no sería el asombro y terror de todos los presentes, viendo cómo el rey se ponía en pie sobre el túmulo y sonreía a todos guiñando un ojo picarescamente.

—¡Ha resucitado! ¡Un milagro!—repitieron mil voces.

—¡Que más quisiérais vosotros, para tomarme el pelo otra vez!—repuso Bóbilis, con una flemma sencillamente augusta, y continuó—. No he resucitado..., ni pienso hacerlo. Pero he pedido al Padre celestial permiso para poder dirigiros unas palabras antes de que la fría losa del sepulcro, etcétera, etcétera... Sois unos sinvergonzones de siete suelas... y no descuento de entre vosotros a más de tres. En cuanto a mí, comprendo que he sido un Bóbilis por castigar las trapisondadas de los políticos, el egoísmo de los mercaderes, la inmundicia en las costumbres y todas las infracciones de la ley. Por eso me indigna que, habiéndome declarado mis enemigos, por cumplir como debía, vengáis ahora a dedicarme piropos y a llorar sobre mí. ¡Gente incivil e inculta, lejos de mi presencia! No acepto vuestras lágrimas ni vuestros bombos. ¡Hipócritas! ¡Tunantes! Vosotros no os merecéis un rey justo. Vosotros necesitáis un zorro viejo que os deje sin blanca y os apalée encima. ¡Fuera! lejos de mí! No acepto siquiera que me entierren vuestras manos innobles.

Bóbilis VII, acabado de soltar este discurso célebre, se remangó la túnica, con sandunguera gracia, y se fué a la calle. Sobre lo que hizo después, las crónicas no están de acuerdo. No obstante, la versión más autorizada asegura que el rey, en vista de la desfachatez e inconsecuencia de sus súbditos, marchó a encargarse un entierro baratito, pues había tomado el acuerdo de no vivir más...

M. GARCÍA Y PANADÉS



otro trapisondista cualquiera—se avino, de acuerdo con el ministro Nabi, a un arreglo inmoral con los mercaderes.

Malas lenguas, que nunca faltan, aun en los reinos mejor organizados, enteraron al rey de lo sucedido. Bóbilis VII montó en cólera—las crónicas aseguran que arrojó el pimiento hasta las nubes—, y mandó ahorcar, juntamente con los defraudadores, al ministro Nabi y al excelentísimo señor de Trapisonda.

¡Nunca lo hubiera intentado el rey! En aquel momento la astucia de los políticos y leguleyos se combinó con el dinero de los explotadores, y todos juntos se

canallas los han comprado y convencido, y ahora resulta vuestra majestad el culpable de todo.

Bóbilis VII se desmayó por un momento como una damisela; el caso no era para menos. Ya repuesto de la impresión, a su magín acudió una idea salvadora.

—Venid—dijo a sus oficiales y servidores de confianza—. Realmente, un rey que procede como yo he procedido, y no obstante, desean, matarlo..., ¡es un rey muerto! Por lo tanto, decido morir. Quiero observar el efecto que mi muerte les produce y oír lo que dicen de mí después de muerto. ¡Curiosidades que tiene

A GUSTO DE TODOS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. RAMÍREZ ANGEL

Por toda la ciudad no se veían más que carros de mudanzas.

Enormes, estruendosos, hacían temblar las calles y atraían la curiosidad de los vecinos. Los cuadrados percheros arrastraban lentamente aquellos vagones atestados, de cuyo seno sobresalían mecedoras con las patas por alto, colchones destripados, somiers apacibles y rinconeras petulantillas.

En cada esquina asomaba un camión, y, como muchas veces la calle era estrecha, suscitábanse disputas y conflictos. Los mozos llegaban a reñir con los guardias, y los caballos experimentaban el deseo de emprender a coces. Relinchos y juramentos invadían el aire puro, y cada encrucijada era una feria de ganados y delante de cada portal improvisábase un campamento.

Al principio, no pocos vecinos se preguntaban qué sucedía para que se advirtiera tanta animación; al fin, uno descubrió la causa, y fué transmitiéndose de balcón en balcón y de portería en portería: estaba corriendo el mes de abril, época en que se altera la sangre, se desesteraan los pisos y a la gente le entra un romántico afán de mudarse de cuarto...

Ya el refrán lo dice: «En abril, mudanzas mil.» Buscar cuarto es una empresa tan entretenida como jugar al ajedrez: requiere constancia, ecuanimidad y un temperamento linfático. Pero es un deporte excelente, y con él se realiza un ejercicio que los médicos, si no recomiendan todavía, tampoco rechazan. Hay muchos individuos de constitución enfermiza, seres poco desarrollados, que, no teniendo recursos para veranear o ir a la sierra, cultivan el régimen de altura y se dedican a buscar cuarto, mejor, azotea, porque de antiguo saben que el ascensor es un aparato maravillosamente decorativo, que no sirve para ascender.

Muchas madres de niñas casaderas adoran este higiénico arte de devorar escalones, que combate la obesidad y elimina la grasa, dando al talle encantadora flexibilidad.

Esto le sucedía a doña Totó y a sus tres hijas, Chucha, Lulú y Cocó, aquella tarde.

Iban «de trapillo», esto es, de «velus-trín», para no llamar la atención y aventurarse por donde se les antojara. Lo terrible es que comenzaban a fatigarse. Chucha, aprovechando el momento en que doña Totó se detenía para resollar con desconsuelo, consultó su relojín de pulsera. No eran aún las cinco: les quedaba casi una hora de luz.

—Vamos, niñas, avivad el paso y no os miréis tanto la cara en los escaparatés. Me da el corazón que esta tarde hemos de encontrar lo que queremos.

La madre, con voz débil, susurró: —Yo no puedo más! El corsé me ahoga. Las botas me tienen frita. Y luego, hijas mías, estos pijoteros callos... Además, no quiero deciros el diluvio que va a caer. Ni cuando enterraron a Zafra.

—Anda, mamá; otro esfuerzillo...

—Sí, sí; ya sé que más padeció Job en su estercolero... Aunque me habría gustado verle aquí, en mi lugar, frita y repolida, que no sé cómo ando.

Echó a andar su adiposa mole, rojiza y resoplante, con lentitud de camión. Los carros de mudanzas que tes salían

al paso, veían en doña Totó una mártir como ellos; una compañera.

Y de nuevo las niñas se pusieron a buscar arriba, abajo, a diestro y siniestro, el albarán consolador, alzando la cabeza, torciéndola, girándola con movilidad de lechuza. Nerviosillas sí lo estaban, aunque no se les ocultaba que encontrar cuarto ha sido siempre empeño más difícil que pescar novio.

Con el pretendiente se suele ser menos severo y descontentadizo que con la vivienda, aunque se piense residir en uno

Totó y sus retoños entendían que su caso era una simple cuestión de paciencia.

Lo curioso es que al salir de casa, bien de mañanita, no pensaban de igual modo que cuando regresaban a ella, bien entrada la noche, despeinadas y lívidas. Por la mañana, pensando en el cuarto que venían buscando infructuosamente semanas atrás, lo querían bonito, elegante, soleado, ventilado, ni muy alto ni muy caro, con buena vecindad, con vistas hermosas y con portero uniformado. (Papá pagaba, y tenía con qué, contra-



y otra el menor tiempo posible. Al novio se le tolera que tenga granos en la nuca; a un cuarto no se le consiente jamás que tenga varios pasillos. Si el novio se cansa y desaparece, vaya bendito de Dios: nunca falta un sustituto. Pero el cuarto sube de precio, y si no puede negarse que se halla otro, lo dificultoso es que suele estar más alto de alquiler que el anterior. El novio lo hace la mujer a su medida; el cuarto, no. La verdadera suerte consiste, antes que en hallar marido, en encontrar casa. Nuestra felicidad la escribe el Destino en los papeles atados a un balcón.

De acuerdo con tales reflexiones, doña

tista de sustancias inclasificables para asilados y presos, que suministraba bajo el nombre de comestibles.) A medida que iba transcurriendo el día y se acercaba la noche sin que el anhelado cuarto brotara, las exigencias cedían. Hinchados los piecitos de subir y bajar; reseca la laringe de dialogar con porteras; dilatados los ojos de ver habitaciones tenebrosas; espantado el ánimo de oír precios delirantes, la frente de doña Totó, hacia las doce o doce y media y las cuatro o cuatro y pico, principiaba a enrojecerse, así como las hijas, hartas a su vez, experimentaban el irrefrenable deseo de recostarse contra una esquina.

Ya no podían más: que hiciesen de ellas los caseros lo que se les antojase. Y se olvidaban, poquito a poco, de sus ideales, de sus ambiciones, de sus intransigencias... Ya les importaba menos que el cuarto fuese oscuro; que las alcobas tuvieran un metro de alto por otro de ancho; que en la cocina desembocara el gabinete de confianza, y que para entrar en el despacho del jefe de la familia no quedase más remedio que atravesar el dormitorio de la criada. En cuanto al precio del alquiler, tampoco tenía ya importancia: estaban resueltas a pagar un mucho más de lo calculado. «Lo quitaremos de la comida—indicaba Chucha, siempre tan idealista.» «No—replicaba Totó, iracunda—; preferible es que dejemos de ir al cine tan a menudo.» Pero Lulú, al oír esto, alzaba la voz: —¡Eh, hijitas, quitadlo si queréis, de la modista; pero del cine, ¡quién! La madre ponía término al debate: «De alguna parte habrá que sísar el aumento; pero no me toquéis ni a la modista, que os hace presentables en sociedad, ni al teatro, donde lucís las tentaciones de la modista. Hay que vivir con el mundo, y no se os olvide, preciosas, que «os estáis pasando»...

Doña Totó lo que quería era mudarse de cuarto, fuere donde fuere. Le aniquilaba vivir en cualquiera de ellos más de seis u ocho meses. No vivía sin renovar horizontes, sin conocer nuevas caras, sin aspirar otros aires. Metida entre sus ballenas, ligas y fajas, sólo era feliz saltando del barrio de Salamanca al de Argüelles, durmiendo hoy a la sombra de la iglesia «chico» y divagando mañana frente a unos desmontes o unas frondas, por entre cuyo ramaje se divisara el Retiro, el parque del Oeste, la Moncloa... Para ella, la piedra filosofal, el vellocino de oro, la salida del laberinto de Creta, era hallar cuarto nuevo; el olor de las pinturas y de las humedades la embriagaba como un hachich o un licor. Tenía copiosas relaciones entre los administradores de fincas y apoderados.

Claro está, y huelga advertirlo, que, como no disponía de capital suficiente para satisfacer sus caprichos, había de apenar con cuartos no del todo agradables. Harta estaba la buena señora de asomar la nariz por pisos lóbregos y pisos hostiles, por pisos tórridos y pisos polares. Conocía el país de origen de los porteros sólo con echarles una ojeada; sus zapatos habían hollado lo mismo las vías, semiurbanizadas aún, de los arrabales que las calles tronitonas del centro. Se sabía de memoria los aposentos fríos, antipáticos, viejos y gruñones, que dicen: «No te molestes en mirarme más; no soy lo que deseas. En este comedor vas a digerir mal; en este dormitorio no vas a tener sueño bonito; en ese despacho tu esposo va a romperse la cabeza; sin que las cuentas le salgan bien... Anda, vete; busca otra cosa.»

Otros cuartos eran de los que las niñas llamaban «de sorpresa». El plano, disparatado y sin sentido común, carecía también de formalidades: las alcobas se escondían, el comedor salía al pasé del recibimiento; a un gabinetito le brotaban, como dos diviesos, dos habitaciones menuditas y sin ventilación; la cocina tenía balcones, y en la salita descubriase un conato de fresquera. El pasillo daba vueltas alrededor de una estancia, que tanto pedía servir para co-

mer en ella como para planchar la ropa. Otro pasillo, largo y medioeval, torcía a la derecha, revolvíase a la izquierda, y de repente, cuando menos se lo esperaba uno, le ponía a la puerta de la casa.

La señora de Páez y sus hijas bajaban la escalera haciendo los naturales comentarios. El cuarto era de un humorismo formidable, y estaba plagado de retruécanos, chistes, charadas y «quid pro-quo». Tenía, realmente, mucha gracia.

—¡Jesús, Jesús! —jadeaba doña Totó, respirando al llegar a la portería—. Ese cuarto no tiene pies ni cabeza. Ni de balde me metía en él.

La portera, con ojos de vaca, sonreía: —Eso mismo dice todo el mundo que lo ye...

II

El Sr. Páez preguntó:

—¿Y decís que es un hotel?

La esposa, radiante de júbilo, aseguró:

—Es un hotelito precioso. Renta poco; está recién arreglado; el barrio, de Pozas; la vecindad parece buena; en la calle me han dicho que viven dos concejales; tiene su miadita de jardín, su verja, su parra...

—Vamos a verlo—opinó Arturo, el «ojito derecho» del padre.

—Con eso y con que el mejor día, creyéndonos ricos, nos atraquen a media noche...—advirtió Oscar, el mimadito de la madre, que era marcadamente pusilánime.

—Primero, vedlo, y después habláis—dijeron las niñas a coro.

Fueron, en caravana, con bisbiseo de comisión.

—Me gusta—afirmó el padre—. Tiene poca escalera.

—No está mal—sentenció Arturo—. A mediodía, y el cuarto de baño con agua corriente.

—Es lo mejor que habéis encontrado—declaró Oscar—. La fachada es elegante y la portera tiene silueta humana.

Se mudaron, encantadísimo. La casa alegrábase con una galería anchurosa, por la que entraba el zarpazo de los rosales y el descarado regocijo de la primavera. Los canarios y los jilgueros empezaron a trinár sin confador.

La magistrada Lóriga les felicitó, elaborando su más contundente sonrisilla de conejo. ¿Por qué no había encontrado ella semejante ganga? La coronela Bustamante fué a darles la enhorabuena, y, de paso, a fisonomiar, ya que las contratas del Sr. Páez daban tanto de sí. Salió bufando, porque aquellas amigas suyas, como todas, tenían lo que se dice verdadera potra para encontrar cuartos bonitos y lujosos. Y el desfile de visitas continuó, animando la calle, con profunda sorpresa de las vecinas, que atisbaban tras los visillos, y de las cancerberas, que asomaban la gaita.

La familia Páez, ante tal cúmulo de parabienes y de gestecillos de vinagre que querían parecer regocijados, acabó por bendecir su fortuna y por hollar definitivamente arrebatadora su nueva morada.

—Hija—decía doña Totó, abanicándose la encendida sofabamba—, desde que he visto a esa envidiosa de doña Secundina alabar con tanto retintín este hotelito, me gusta cada día más. Y que tome tila.

La nueva morada, en efecto, había satisfecho a todos los de la familia. Por primera vez la mamá, el papá, las hermanas y los hermanos llegaban a un acuerdo. Al entrar y al salir echaban al hotel una miradita tierna, considerándolo ya como un pariente. El edificio, antiguo, desde luego, pero pimpante

bajo su revoco, engalanado por la primavera con flores y plantas trepadoras, ostentaba sus dos cuerpos airoso unidos por la galería del centro, larga y encristalada como un «dining-car».

Lupiáñez, el pintor de más moda, amigo de Arturo, no tenía frases para elogiarlo.

—Chico, estoy deseando que reventéis—declaraba con aquella rudeza suya, tan famosa como sus trajes de pana y sus notas de color.

—¿Para qué, ilustre?

—Para que me dejéis libre este palacio. Ya me veo con esta galería, llena de cacharros de Talavera, de almohadones y de cornucopias, hecho un nabab.

Oscar era visitado también por un íntimo, a quien extasiaba el hotelito.

—Habéis tenido una suerte loca, lo que se dice perturbada y de pronóstico. ¡Qué macanudamente viviríamos nosotros aquí, tú!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Figúrate; somos nueve de familia, de ellos cinco hermanos más pequeños que yo. En casa juegan debajo de la mesa, y cuando comemos tienen que sentarse uno encima de otro: es muy ahogado aquello... Aquí podrían correr en bicicleta, jugar al «foot-ball», aprender a bailar. Esto es hermoso, chico. Yo creo que debe de haber sido clínica o fábrica de alguna cosa. Son muchas habitaciones éstas, y demasiado grandes.

—Pero hermosas, ¿no?

—Estupendas. Siempre habéis tenido suerte para todo, ladronazos...

III

Una tarde la Robustiana se acercó a doña Totó, que estaba pulimentándose las uñas.

—Señora, señora: ¿usted sabe que aquí, en esta casa, hubo, hace no sé cuánto tiempo, un crimen *mu* sonao?

Los lentes de la señora de Páez, que cabalgaban sobre su nariz, se desmayaron.

—Sí, señora; lo he oído en la tienda. Vivían aquí, según parece, un tío y un sobrino. El tío tenía mucho dinero, y el sobrino tenía una querindanga que era amiga del tío. Total, que una noche se cambalacharon el sobrino y la tía—porque la amiga era una tía—y mataron al viejo. Amaneció hecho cachos, en la cama y por tierra. Dicen que le pusieron unas patatas guisadas alrededor, pa que se viera lo mal que le querían, porque era un hombre así de agarrao, y comía, por no gastar, cordilla y aserrín de la carpintería de ahí abajo...

Doña Totó escuchaba con la boca ahuevada y los cabellos trocados en púas.

—¡Santo Dios, Santo Dios!... Algo de esto me lo tenía. Es demasiado grande este caserón. ¿Y dónde pasó la cosa?

La Robustiana, a quien honraba sobremedura el interés que había despertado con sus referencias, la condujo al dormitorio de los cónyuges.

—¡Aquí!

La cabellera se le empinó, hecha un bosque de lanzas oxigenadas. Al ruido de la exclamación acudieron las niñas, y, rápidamente informadas del suceso, prorrumpieron en gritos y lamentos histéricos.

Chucha, más valerosa, se impuso.

—¡Bah! Aparte de que eso pueden ser habladurías, con cambiar las camas de habitación ya está la cosa arreglada.

Les faltó tiempo para trasladar el dormitorio. Por fortuna, sobraban aposentos. Se convino en no decir nada al esposo.

Como medida de precaución, la esposa le susurró una noche al oído:

—Mira, Páez, no estaría de más que te comprases un buen revólver.

—Tenemos dos hijos varones y seis cuatro mujeres a gritar, aparte de las muchachas, que ya sabes cómo cantan. De modo que no hay peligro alguno; en caso de alarma, estaríamos bien defendidos.

—De todos modos, compra el revólver, Páez. Estos hotelitos son muy golosos...

La alcoba «del crimen» fué dedicada a leonera, a cuarto oscuro, de baúles.

Nadie de la familia supo la causa de ello; pero como si lo ocurrido fuera un golpe de batuta, empezaron a menudear los incidentes de toda laya y calibre.

Por ejemplo, Arturo, que estaba fuera de casa toda la noche, descubrió que no podía dormir durante todo el día. Durante todo el día sonaba allá adentro, lejos, no sabía dónde, un ruido terco, sordo, anhelante, que hacía retemblar los muros. Indagó: al lado, pared por medio, había unos talleres de tornero. Desde que lo supo, ya, definitiva, irremediablemente, no le fué posible dormir. Declaró que era preciso mudarse de cuarto.

—El cuarto es una monada, Arturín—previno doña Totó—, y como hay habitaciones de sobra, puedes cambiar de dormitorio.

Así se hizo.

Días después, Oscar, que estudiaba el quinto año de Derecho y tenía que pasarse las horas muertas escribiendo a la novia, salió una mañana de su despacho dando voces terribles.

—¡Yo les rompo el alma! ¡Así no hay manera de vivir! ¡Esto es el desmayo!

Ante lo escogido de las imprecaciones, la Robustiana y la Ruperta salieron a su encuentro. Doña Totó y las niñas estaban de paseo.

—¿Qué ocurre, señorito?

—¡Esos grandullones! Ahí, en el callejón de al lado, se pasan el día jugando al «foot-ball» y rompiéndome los cristales del cuarto con la pelota. Dan cada voz y cada patada, que tira de bruces. ¡Y aún se pitorrean de mí, so bestias! Pues no van a llevar frío.

Dijo, y salió disparado por la escalera. Tardó. Oíanse gritos, silbidos, gran algazara. Al fin, subió, lento y augusto. Traía un ojo cárdeno.

Aquella misma noche, al hacer en el comedor una reseña, poco brillante por cierto, de la batalla campal de la tarde, Oscar, sollozando en brazos de mamá, aseguró que en aquel hotelito no le daba la gana de seguir viviendo, como no trasladasen el inmueble a otro barrio.

Hubo la natural consternación. Las chicas cambiaron una mirada de inteligencia con doña Totó. El hotel les gustaba cada día más, a pesar de todo, no solamente porque les daba categoría, sino porque aumentaba la bilis y el despecho de no pocas visitas. Y sabido es que toda felicidad nos la da hecha, cejijunto, el prójimo.

El hotel, hospitalario, solucionó de nuevo el conflicto. Proporcionó a Oscar una estancia en el pabellón opuesto, y, lejos de la calle alborotada, dejó de recibir pelotazos y aseguró a sus ojos la natural coloración que les correspondía.

IV

Llegó el otoño y la parra fué dorándose de racimos. Por la noche toda la chiquillería resolvió comérselos. Intervino un guardia municipal, actuó el Juzgado: fueron condenados los padres de los chicos. Y a la familia Páez se le hizo imposible la vida.

Llegó el invierno; fué menester esterrar. La casa, espaciosa, exigió gran metraje. El bolsillo del jefe de la casa protestó. Sin embargo, se imponía resolver la calefacción, y como un cambio de Gobierno le había dejado al señor Páez sin

los negocios de antaño, se recurrió a un par de salamandras en sitios estratégicos del hotel y a un braserillo de copa, muy reluciente, muy cuquín, que era una heladora.

El señor Páez apuntó la idea de mudarse. Era mucho hospital aquel. Porque, ¿a qué negarlo? Desde el primer momento, aquel destartado suceder de salas le había parecido una clínica, y, en efecto, le constaba que fué utilizado como sanatorio de pretuberculosos.

Además, la puerta de la verja tenía en lo alto una campanilla que sonaba a todas horas, bien porque anunciaba visitas, bien porque los gurriatos de la vecindad habían implantado el deporte de agitarla con invencible obcecación.

Los pelotazos, el torno, la campanillita, el aire poblado de bacilos de Koch, la alcoba trágica, con su espectro, eran razones de monta, a juicio de los varones, para que Chucha, Cocó y Lulú abandonasen el fermentado hotel. Pero, en realidad, tales quejas pecaban de triviales. ¿Qué vivienda actual no ofrece molestias análogas? Además, el jardinillo, la escalera, la galería...

Llegaba la magistrada Lóriga:

—Hija, da gusto venir a veros, aunque no sea más que por recorrer este palacio.

Subía el pintor:

—Me hace más falta que un buen director de Bellas Artes esta joya. Aquí daría yo reuniones que me habían de valer encargos a porrillo. Vuestra permanencia me perjudica.

Sonaba la campanilla para dar paso a la coronela:

—No creo que cometan ustedes la ligereza de dejar este mirlo blanco, según se han puesto los alquileres y los señores caseros.

Doña Totó renacía.

—¡Oh, de ningún modo!

—¡Quite usted, por Dios! —agregaba Chucha.

—¡Pero si estamos encantadas, señoral—decían a coro, relamiéndose, Lulú y Cocó.

No obstante, los hermanitos protestaban, y sus impertinencias eran mayores, visto que no se les atendía. ¿Cómo marcharse de aquella casa—pensaban las niñas—si se habían hartado de proclamar que era inmejorable y que jamás habían hallado otra más conveniente «por todos estilos»? Cuestión de amor propio era aquella, de difícil solución. Además, les temblaban las carnes al verse imaginativamente otra vez corriendo de aquí para allá, calle arriba, calle abajo, sobornando a porteras altivas, sonriendo a porteras humildes, coqueteando con administradores y parlamentando con maestros de obras.

Considerado que tampoco a él, al amo, tampoco se le atendía, el señor Páez, que tenía su alma en su almarío y era hombre de resoluciones enérgicas, le hizo el amor a la Robustiana. Vióse con ella, furtivamente, un anochecer, y no se sabe si la condujo cortésmente a una zapatería para regalarla el calzado que se le antojase. Lo cierto es que la Robustiana creyó oportuno confiarle la aventura a la portera, y que la portera, excelente mujer, estimó discreto revelárselo a doña Totó.

Doña Totó sintió que en su pecho revivían las ansias emigratorias, y, sin manifestar a sus pimpollos el cáncer que roía su amor de esposa, aprovechó una de las diarias discusiones de sobremesa y fingió acceder a los deseos de los varones de la familia.

—Nada, nada; nos mudaremos. Al Calvario otra vez y sea lo que el Señor quiera.

Aquel mismo día la Robustiana quebró la copa de costumbre, al quitar la

mesa. Doña Totó, indignada ante la frecuencia con que se repetían tales destrozos, se sintió celosa vigilante de los dineros que su pobrecito esposo ganaba con tantas fatigas, y la puso en medio de la calle.

Y ella, a su vez, acompañada de las hijas, se avitualló de paciencia, y allá se fué, a la cochina calle, en busca de los seductores, de los apetecidos albaranes que se esconden pudorosamente, con humildad de violetas, a lo largo de las fachadas.

La indignación (aparente) de la magistrada, de la coronela, del pintor, de todo el mundo, fué enorme. ¡Dejar aquel cuarto! Por mucho menos se castiga a más de un infeliz con catorce años de cadena.

Una tarde de estío, al volver a casa doña Totó y sus hijas, tuvieron conocimiento de una nueva espantosa. La coronela y la magistrada habían aparecido asesinadas en el rellano de la escalera, frente a la puerta del piso donde vivía el dueño del hotel. La Prensa, al dar cuenta del suceso, no pudo ponerlo en claro. Una versión afirmaba que las dos señoras, antes de entrevistarse con el casero, el cual les había dado, separadamente, alguna esperanza de alquilarles el hotel, al encontrarse allí por casualidad, habían disputado brevemente, acometiendo después con sendas pistolas. Otra referencia vertía el rumor de que ambas señoras, enamoradas del hotel, habían hablado con el casero, y como les dijera que el hotel estaba ya reservado para un tercer solicitante, habían acordado suicidarse juntas, en un acceso de melancolía.

V

Reanudaron las excursiones por Madrid, las interminables vueltas alrededor del cuarto, más dilatadas y penosas que las de los Magallanes, los Elcanos y los Drakes. Iban todos: las chicas, delante, acortando el paso y ajustándolo al de doña Totó, ahogada dentro de su corsé; detrás, los hermanos y el padre. La gen-

te se asomaba, de las tiendas y de los portales, creyendo que pasaba una boda.

Habían decidido ir todos para ponerse de acuerdo sobre el terreno mismo. Cada cual tenía sus exigencias naturales, y ya que iban a dejar aquel hotelito que tanto les entusiasmaba a los demás, querían instalarse a gusto.

¡A gusto! Sí, sí. Doña Totó se sentaba en el suelo, mientras sus vástagos bullían por las desnudas y resonantes estancias, mirando, comprobando, evaluando. Cocó iba provista de una cinta para medir los dormitorios. Arturo blasfemaba al verse, de pronto, detenido en su excursión por un tabique que se levantaba donde nadie se lo había rogado. Por fin, las mujeres hallaban una habitación conveniente; los varones, a su vez, accedían a encerrarse en una pieza espaciosa como un camarote. El señor de Páez era el más conformadizo: nunca se le consultaba. Doña Totó tenía la palabra. Con ella había de vivir, bajo las mismas sábanas y al abrigo de la misma digestión. ¿Qué le importaba, pues, que el dormitorio recibiese luces del Septentrión o de las Batuecas?

Se reunían para deliberar.

—El alquiler, aunque altísimo, ¡qué le vamos a hacer!, pase...

—La casa está improvisada con materiales de derribo, y aquí nos van a freir los insectos; pero hay que aguantar...

—En el entresuelo le he visto la cara a dos de esas de la corteza amarga, y ¿quién se fija en pequeñeces?

—Lo esencial es que cabemos todos.

—Pues, ¡halala!, a hacer el contrato.

En fila india disponíanse a descender. En aquel instante llegaba dando gritos Cocó, que era la más previsora de todos ellos.

—¡Eh, eh! Una cosa: que en ningún dormitorio caben las camas. Lo he medido.

Un gesto de consternación desdibujaba las facciones de la familia. Durante varios minutos se cernía sobre los circunstantes ese silencio que da tanto carácter a los camposantos.

Luego, volvían todos a medir. Cocó ha-

bía dicho la verdad. Era imposible alojarse en aquel piso, si no acordaban por unanimidad dormir en «chaisse-longues».

A la calle otra vez. Y así un día y otro. Los hombres renegaban, acariciando la culata del revólver que llevaban en el pantalón. La madre y sus retoños se sentaban en la escalera, a llorar, como en Jerusalén lo hicieran antaño las mujeres de la Biblia.

Cada vez exigían menos. La cuestión es meterse en algún sitio—pensaban, soñolientos.

Y empezaron a mirar con interés indescriptible los coches-habitación de las verbenas, las casetas de las obras del Metropolitano, los kioscos de necesidad, las salas de los Museos...

Una vez, Oscar les dió una noticia confortadora. Había encontrado vivienda, amplia, ventilada, de trazado sencillo y en las afueras de la villa. Tenía el inconveniente relativo de que era algo cara; pero ¿quién se fija en detalles?

Divididos en grupos, para no llamar la atención, allá fueron. Era un «garage». Doña Totó fué la única que se atrevió a decir que le parecía excesivamente aireado para habitación particular; pero recomendó a las chicas que tomasen nota del sitio, por si no salía nada mejor.

La campanilla del hotel repiqueteaba con furia creciente. Dijérase que estaba aprendiendo a sonar. Cientos de amigos de la familia Páez, enterados de que el hotelito iba a ser desalquilado un año de aquellos, acudían a solicitar turno para quedarse con él, echándole una previa ojeada. Muchos amigos no se tomaban tal molestia. —¿Tiene escalera para subir? ¿Conserva entero el tejado? Pues me conviene—decían—. Y se dedicaban a buscarse recomendaciones y a averiguar qué gustos sentía el propietario de la finca para halagarlos con toda delicadeza y discreción.

El problema no hubiera finado nunca, de no haber sobrevenido una circunstancia venturosa. Cambió la situación política y el señor de Páez fué agraciado con diversas contratas.

El dinero entraba en su casa «a es-

puertas», como con frase feliz afirmaba doña Totó. Acabaron, pues, las tribulaciones: pronto hallarían cuarto. Pero entonces las exigencias de cada Páez, y no las torpezas de los arquitectos ni la voracidad de los dueños de inmuebles, levantaron los mayores obstáculos. Ya no había medio de hallar nada a gusto de todos. Sólo el señor Páez había de actuar de salvador.

Una tarde melancólica, y de enero, por más señas, el padre lanzó un grito estentóreo, de más vitalidad laringea que el que se dice que emitió Rodrigo de Triana, compañero de Colón, al descubrir tierra.

Sus deudos le miraron atónitos. El murmuró rápido:

—Dejadme. Vuelvo en seguida.

Y se arrojó contra el portal de una casa todavía sin concluir, que estaban cubriendo con el revoco.

Salió al cabo de un ratito.

—Ya está. Ha sido una suerte loca...

—¿Qué es? ¿Que es, papá?

—Que ya tenemos casa. ¿No somos siete y las criadas? Pues cada uno tendremos un piso; fíjase bien, un piso. He alquilado toda la casa, enterita, por veinte años.

Tardaron en reponerse, trémulos de felicidad. Al fin, aplaudieron, abrazando al padre. Los soladores y los carpinteros de la obra les miraban enternecidos. Desde aquel instante comenzaba una vida nueva. Las habichuelas podridas, destinadas a la voracidad, que no ve ni disierne, de los asilados, daba mucho de sí. ¡Adelante!

Aquella misma tarde, deseosas de trasladarse a la morada elegida por unanimidad, las chicas se trasladaron a la casa en construcción, donde alentaban a los obreros, contándole cuentos bonitos y morales, episodios de veraneo, chascarrillos sin consecuencias... También cantaban cuplés de moda. Arturo, Oscar y su padre, embutidos en sendas blusas, radiantes de sudor, ayudaban a las chicas

E. RAMÍREZ ANGEL

Ilustración de AGUSTÍN.

Vida Literaria y Artística

Leconte de Lisle

Nos figuramos regularmente a Leconte de Lisle—cuya memoria han decidido celebrar en estos días algunos poetas franceses, con ocasión del XXX aniversario de su muerte—encastillado en una actitud hierática de por vida. Nada más erróneo. Los que le conocieron, los Bergerat, los Welschinger, Duquèsnel, Jean Dornis, etc., lo han mostrado siempre, por el contrario, como un niño grande, divirtiéndose con inocentes picardías, que apenas si harían sonreír a nuestros jóvenes de hoy, tan precoces, y haciendo «frases», ni más ni menos que un Henri Monnier y un Commerson.

Por lo demás, Leconte de Lisle era extremadamente severo para con sus camaradas de letras. Zola le inspiraba un profundo horror. Decía de él que era «un granuja y un pedante y un grosero». Después de la lectura de *Argent* exclamó:

—¿Qué animal tan repugnante!
—Es un temperamento de jabalí—dijo un amigo.

¿A lo que repuso Leconte de Lisle:

—¿Lo creéis tan salvaje?

Para él, Musset era más prosista que poeta; Lamartine, poeta intermitente; Victor Hugo, tan pueril como sublime; Barbier, un carnero disfrazado de león; Ponsard, un versificador provinciano;

Antran, un bardo marsellés; Baudelaire, un siniestro embaucador; Bouilhet, el último escombros del romanticismo; Bouchor, el Homero de las «marionnettes»; y Mallarmé, la esfinge de Batignolles. A Verlaine lo detestaba con toda su alma.

—Se ha fusilado a muchos—juraba—que no lo merecían tanto como él. Ya veréis cómo llega el día, si le dejamos hacer, en que este poeta de quince pies nos pida que andemos a cuatro patas.

Bien es verdad, y esto hay que decirlo, en descargo de Leconte de Lisle, que Verlaine, en sus *Invectivas*, había trazado de él un «retrato académico» que chorreaba cieno y sangre.

Los Libros de la Semana



Libro de amor (novela), por A. Hernández Catá.—Hernández Catá es, sin duda alguna, uno de nuestros escritores de más sólido y merecido prestigio. Como novelista está entre los primeros de la primera fila. Hernández Catá, a un estilo primoroso, depurado, que da

al castellano nuevos valores y lo enno-

blece con oro de pura ley, une un pensamiento rico, vigoroso y hondo. *Libro de amor*, como suyo, es una obra de toda belleza, verdadero placer para el lector de la más alta estirpe.

x

Cuentos de los veinte años, por Sara Insúa.—Con este bello libro, el primero suyo, aparece en el campo de las letras españolas una escritora de ya firme prestigio, adquirido rápidamente en diarios y revistas. La señorita Sara Insúa, de ilustre abolengo literario, es más que una espléndida promesa; en plena juventud es ya una escritora lograda, a quien se le ofrece amplio y fácil el camino del triunfo. Su estilo es limpio, jugoso, vibrante—lleno de sangre y de alma—y rico en armonías; su pensamiento es a la vez elevado y hondo, y para su perspicacia psicológica, que cuando no descubre adivina e intuye con certero instinto, parece no haber ya secretos en el alma de los hombres. Sara Insúa, que en poco tiempo se ha convertido en una cuentista admirable, está llamada a ser, si como es de esperar se lanza a empresas mayores, una gran novelista, género para el que



está sin duda ampliamente dotada. Así lo hacen creer estos *Cuentos de los veinte años*, tan bellos como prometedores.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

DOS LIBROS RECIENTES

El renacimiento de la novela en el siglo XIX

por

Eduardo Gómez de Baquero

(«Andrenio»)

PRECIO: 5 pesetas.

Obra interesantísima del primero de nuestros críticos

LA DANZA DEL CORAZÓN

por

JOSÉ FRANCÉS

PRECIO: 5 pesetas.

Novela admirable del gran escritor

En todas las librerías y en la
= CASA DEL LIBRO =
Pí y Margall, 7

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



CARLOSCOPPEL
FABRICA DE RELOJES



Baños del Norte

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO

Jardines, 16

Aduana, 25

ABIERTO TODO EL AÑO

Baños especiales de este Establecimiento

Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.

Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.

Baños populares, de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.

Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.

Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.

Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.

Servicio de ropa: Sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS -- ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

ESCUELA BERLITZ ARENAL, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán e italiano.— Clases generales e individuales.— Traducciones.



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD. ALEGRIA.
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa